EL ANGEL Y EL SALVADOR

SUSANA ESTHER BUISSON

Image not found.

Capítulo 1

I

Vale por una navidad blanca

Ella siempre quiso una Navidad blanca.

La tuvo...una vez, en un pequeño pueblo ya sin nombre para mí. O con el nombre más largo que el tiempo que a uno podría llevarle contar a sus habitantes.

Ella era *la* chica... Sí, tiempo pasado; y tan lejano como mis pies ahora lo están ahora del lugar en que la conocí...

Digamos que fue hace diez años así no tengo que confesar que, en realidad, llevo la cuenta exacta de cada año, cada día y hasta cada minuto que pasaron desde que la perdí. Porque la perdí, y vine a saber recién después de hacerlo que la había encontrado.

Ella … hermosa, risueña… perfecta.

Me cautivó desde el primer instante en que se dirigió a mí con su desparpajo, y a la vez con tantos modales de princesa. Nunca había creído, hasta que la conocí a ella, que podía existir realmente una...

Tan frágil, delicada, femenina...y apasionada.

La combinación perfecta para volver de cabeza el mundo de un insensible y ambicioso estudiante de medicina como yo. Claro que eso de insensible sería algo que ella se encargaría de refutar.

Sucede que el insensible y ambicioso estudiante de medicina en cuestión, no era más que el consentido y único hijo de unos padres lo bastante pobres como para criarlo creyendo en lo que no eran.

—Los Clark somos de clase media Evan... no millonarios pero tampoco pobres...—solía oír con demasiada frecuencia cuando era un niño, aunque de eso yo no entendiera demasiado.

Demasiado pronto el mundo me enseñó que todo se va siempre a los extremos, y para cuando llegué a la universidad, el "media" del que tanto

hablaron mis padres ya había desaparecido, y el extremo más adecuado para nuestra clase era la pobreza. La de espíritu, claro, porque un golpe de suerte que convierte a un ambicioso soñador en millonario, muchas veces lo vuelve solo eso: un ser superficial y vacío con dinero, mucho, pero mucho dinero.

A nadie le importan esas viejas historias, y mucho menos a la gente que como yo, hoy vive tan lejos de ese pueblo donde las luces navideñas iluminan las calles hacia abajo, hasta donde la ciudad y el mar se encuentran. Hasta tengo la suerte de que mi melancolía les pase desapercibida en esta época del año.

Con eso de que todo el mundo siempre se vuelve algo loco y sentimental estas épocas, a nadie le importa si un viejo gruñón como yo, —aunque solo tenga treinta años—, llora por algo...

Tal vez por eso mismo es solo en esta época del año que dejo que todo el veneno corra por mi sangre y me permito sentir algo y llorar… como todo un hombre, por supuesto.

Llamémosle intercambio, —aunque ahora se muy bien que fue otra cosa— lo que llevó sus pequeños pasos de princesa hasta mí. Ella me dijo después, al final, que en realidad fue el voluntariado, y yo, sin intenciones de alardear que aún la conocía tanto; les aseguro que en el fondo se que mas bien fueron sus ganas de recorrer el mundo y, por qué no, de huir de casa, un poco más…

Tal vez es cierto también, que no fue locura momentánea, o simple masoquismo, lo que me impulsó a mí a abandonar mi tierra natal diez años atrás para adentrarme en la dimensión desconocida.

Está bien, nunca fue para tanto...ese proyecto en el que me había metido, y con toda intención, tenía un nombre muy definido:*"Programa para alumnos extranjeros de especialidad en español."*

Si, español...

Es que el príncipe Evan Clark tenía el sueño de ser un médico sin fronteras algún día… y aunque no era lo suficientemente valiente como para enlistarse en las filas de los que iban a la India o a esos extraviados confines del mundo, sepultados en medio de la nieve y la guerrilla para rescatar refugiados del hambre y de las bombas...; siempre fue consciente de que mucho más cerca de esa burbuja de niño rico y mimado en que habitaba, había pobreza, y de la profunda, y personas que necesitaban de ayuda...; y que eso equedaba apenas un poco más abajo en el mapa, sin salir de tierra firme, en Sudamérica. El problema es que apenas si sabía

unas cuantas frases sueltas de español...

—Hola ¿Cómo estás?

—Necesito un baño

—Gracias.

—Te amo

—¿Dónde puedo encontrar comida?

Y no eran precisamente esas frases las que me ayudarían para entenderme con personas en una selva, o en esos pequeños pueblos olvidados de Dios a los que pensaba llegar algún día. Irónicamente tan cerca de la civilización a veces, y tan abandonados...

Aceptar la invitación de cruzar por un año hacia el otro lado del océano en busca del idioma que me llevaría a mis sueños fue una perdida de tiempo.

España no fue un buen lugar... Mucho menos ese colegio tan prestigioso y pequeño, lleno de gente tan deseosa de mostrarme cuánto sabía de inglés.

Apenas si me fui de allí con una colección de frases un poco mas largas a final de semestre.

—¡Tiene que haber otro lugar—protesté a mi regreso.—¡Ustedes quieren médicos preparados, deberían darnos mejores opciones!

El decano de la prestigiosa facultad en que estudiaba se mordió los labios en un gesto de impaciencia, sabiendo perfectamente qué poco le convenía desilusionar a un Clark. Tal vez eso enfadaría a mi padre el Señor Clark, —y a su generosa contribución anual para investigaciones y desarrollo de los laboratorios—, ganándose que ésta desapareciera del horizonte antes de que acabara de entender lo que le estaba diciendo.

—Muy bien, Evan, ve a mi secretaria, ella está haciendo acuerdos con una universidad en Sudamérica... serán dos cuatrimestres con un receso de un mes, si estás interesado acércate a su escritorio y te dará las solicitudes... No te tardes mucho porque no serán más de treinta el grupo de seleccionados y se debe pagar por adelantado…

—¡pfff! ¡el pago es lo que menos importa, yo necesito el maldito español si quiero hacer mis prácticas en un lugar decente el próximo año!!...—me

alejé, riendo para mi mismo de su rostro desconcertado.

¡Teníamos conceptos tan distintos de lo que era una práctica decente! Para él lo era un hospital a todo lujo, algo así como el más importante de la ciudad. En cambio para mí, "un lugar decente para mis prácticas" era donde la mano de un médico realmente pudiera hacer un milagro...

Y yo quería hacer mis propios milagros, pronto.

Cierto, estábamos hablando de ella y no del masoquista estudiante de medicina que había abandonado su castillo de niño rico mimado para ir a conocer el mundo... El tercero, claro... porque si estaba en Sudamérica no podía tener otro nombre.

¿Cuántos mundos puede haber en un mismo planeta?

Lo bueno de la ambición es que trabajas por lo que sea, el tiempo que sea y soportas lo que sea. Lo malo de cuando logras lo que tanto soñabas, es que a veces ya no puedes apreciarlo, y nada, nada jamás te alcanza después… —No me miren a mi, es lo que siempre dice mi madre…— Por eso aquella tarde, cuando me enviaron a la linda niña de cabello castaño para que me ayudase con mis tareas de español, ni siquiera me quejé cuando supe que estudiaba Arte, y que conmigo ella cumplía sus horas de trabajo para completar una beca.

Yo era su trabajo y punto.

Para eso, en todas las universidades del mundo estaban los chicos como ella, para ser tutores, asesorando a los niños ricos como yo en sus cursos caros. Algo que con el tiempo supe, no solo le daba de dinero para su beca sino que un cierto prestigio si alguna vez, dentro de sus futuras tareas consideraba la de enseñar...

No me imaginé nunca las razones para que una chica como ella necesitara de aquellas horas de trabajo hasta que, en nuestras prácticas de conversación, decidimos contarnos cosas personales.

Es que ella, esa princesa algo complicada que hablaba y escribía perfecto el ingles y el español, era además una niña pobre con muchos sueños de princesa.

—La navidad, se volvió horrible después de que mi abuela Rose murió. —comentó al pasar una tarde de principios de diciembre, después que nos

quedáramos unos minutos en silencio contemplando como las mujeres del personal adornaban el edificio central con luces y motivos navideños.

Estábamos sentados en algún rincón del campus y hacia calor. La humedad horrible del clima de aquel lugar me mantenía sudado todo el tiempo y de mal humor.

La observé con cuidado: sus manos blancas y delgadas casi tan pequeñas como las de una niña, jugueteaban con un macizo de hierba dejando caer pequeños trocitos sobre sus piernas cruzadas. Estaba sentada en el suelo, con su pequeña espalda recostada en el banco de metal pintado en el que descansaban mi laptop y nuestras mochilas después de escaparnos de la biblioteca, porque a pesar de la maravilla del aire acondicionado, ya estábamos hartos de susurrar.

—...era hermoso reunirnos en su enorme casona todos los años, estaban siempre todos mis primos, y los hermanos de mi padre viajaban para ver a la abuela desde lejos…y luego estaban esos deliciosos pasteles, y todos los platos deliciosos que mis tías preparaban, y los fuegos artificiales al final de la noche…— Sus ojos se iluminaban con nostalgia mientras hablaba y algo desconocido se removia dentro de mí. Yo siempre tenía navidades con fiestas fastuosas, la casa llena de gente y comida a reventar… y los fuegos artificiales eran de los más caros y sofisticados…— *y luego, a las doce, la abuela Rose siempre nos llamaba asombradísima para avisarnos que otra vez el Niño Dios había pasado por la casa dejando regalos en su árbol.*

—¿El niño Dios?

—Si, ese Santa es un invento americano... pero aquí, la tradición es que el Niño Dios que nace, a la medianoche visita las casas y reparte sus dones.. .—explicaba con dulzura.—o hace sus milagros.

—Es lindo...

-Es que la Navidad es época de milagros…el nacimiento de Jesús niño no es más que, una muestra de amor de Dios por los humanos….—concluyó, y mientras hablaba, dentro de mí un extraño sentimiento crecía.

¿Protección? ¿Pena? ¿Simpatía?

—¿Te irás a casa este año para las fiestas? son en casi tres semanas...—

pregunté, esperando que pudiera y eso la hiciera feliz.
—no, este año me toca trabajar, además no tengo dinero.— murmuró, con un suspiro triste.
—yo podría regalarte los pasajes si quisieras—ofrecí, *…el príncipe Clark…siempre tan adinerado y dispuesto…*
—no, no quiero que lo hagas, Evan, no te conté nada de eso para que me tengas pena.— arremetió con firmeza. (¿Ya les dije que era orgullosa y terriblemente cabezota?)*—... y además, no puedo negociar en mi trabajo, debo quedarme y cumplir las horas si quiero mantener la beca. No puedo darme el lujo de perderla por un viaje de Navidad.*

Ella siguió contándome cosas alzar esa tarde. De su abuela Rose... de cómo sus tíos dejaron de venir para esas fechas después de que ella murió y que ellos jamás quisieron realmente a Carly, —como prefería llamar a su padre—, y que ahora que él había dejado de trabajar por invalidez y era realmente pobre, ya ni siquiera se acordaban de él.

—Mi abuela Rose no tenía dinero cuando murió, ella fue una viuda joven con hijos que criar, bendecida por un marido que murió sin deudas y pudo conservar la casa, y aunque yo solo tenía siete años en su ultima Navidad con nosotros, nunca pude olvidar la felicidad de su rostro esos días teniéndonos cerca, todos reunidos allí con ella. A ella no le importaban otras cosas…fue muy duro crecer con ese recuerdo después de que las cosas cambiaran.

Siguió hablando y llenando mi mente de imágenes de sus recuerdos, de historias de su madre: una mujer complicada, con secuelas de abandono y un temor al rechazo que la empujaba a aislarse antes de que alguien realmente fuera poco amable con ella...
—...me costó muchos años entenderla, hasta que finalmente conocí su historia, es decir, ¿quién en su sano juicio abandona a una niña de apenas un año en una esquina? —Yo también estuve de acuerdo en que todo el amor que pudieran darte unos padres adoptivos jamás borraría aquel recuerdo. O saber que hicieron contigo algo como eso—. *Así que mi madre, cuando Carly enfermó y dejó de trabajar, lo primero que hizo fue alejarse de todos ellos antes de que vinieran a tener pena por nosotros... Ya casi nunca ví a mis primos de nuevo...*

—¿por qué viniste aquí? Es decir… estás tan lejos de casa y de tu gente... y añoras tanto todo eso… Ahora que ya eres mayor, el alejamiento de tu madre no importaría para que los busques de nuevo…
—es verdad... pero también están mis sueños, estando aquí puedo cumplirlos, es decir, tengo esta beca y un trabajo que paga mis gastos junto con un lugar donde vivir… y no tengo que preocuparme por perder preciosas horas que uso pintando viajando de un lugar a otro como lo

haría en mi ciudad... de algún modo todo es más fácil aquí... —Y aunque no la entendía demasiado, me conmovía su entereza, y la obstinación con que ella luchaba por sus sueños. Yo también iba tras el mío.

Entonces vino la pregunta...esa que nos cambiaría la vida para siempre. —Solo que claro, en ese momento yo no imaginaba que lo haría—. Ahora que lo pienso, estoy seguro de que si uno supiera esas cosas de antemano simplemente guardaría más silencios... pero entonces, por saberlo todo de antemano, se perdería de la ocasión, de la aventura…del milagro... y claro, también de la oportunidad de cometer algún que otro error. Qué digoalgún, se perdería de cometerélerror...Y yo cometíelerror...

Aquella fue mi primera navidad cálida y lejos de casa. De algún modo, esta princesa perdida que me rescataba de las garras del español, me había conmovido lo suficiente como para estar tan pendiente de ella que eligiera quedarme en el campus en las dos semanas de vacaciones que el resto de mis compañeros, los niños ricos, preferían usar para viajar y conocer algo del resto del país que nos albergaba.

Decían los que sabían que eran territorios muy lindos, y que en pocos kilómetros de distancia se podía apreciar la reunión de los más bellos y diferentes paisajes del mundo.

—¿Qué tenía una simple y menuda muchacha de vivaces ojos color café para detener mis pies inquietos de recorrer el mundo que tanto anhele antes? —No lo supe entender hasta que fue tarde.

Aquella Navidad, que llegó a mí sin penas ni glorias, el mayor regalo que tuve fue que, por esos tres días de festejo, todos fuimos iguales... No hubo clases, ni mundos que nos marcaran diferencias cuando nos sentabamos esas mañanas a desayunar juntos en la despoblada cafetería del campus; ni cuando el niño rico y la simple becaria trabajadora jugaban y reian como niños en los improvisados juegos organizados por el atento personal para hacernos olvidar cuan lejos estábamos de casa.

Mi Navidad cálida...

Hasta tuvo una noche de piscina como broche de oro… y cantatas de villancicos de casa en casa, acompañados de los más variados instrumentos: guitarras, un acordeón a piano y algunas trompetas se sumaron esa noche a la exagerada algarabía de un grupo de estudiantes que simulaban no estar muriendo de nostalgia por una cena en familia.

Navidad cálida.

Noche atravesada por una estrella fugaz.

Estrella contemplada por dos pares de ojos tan distintos…

y que sin saberlo aun, estaban unidos por el mismo deseo.

—¿cuál es tu deseo? —pregunté a mi acompañante silenciosa antes de darme cuenta que lo había hecho. Ya la euforia había pasado y ahora, doblegados por la nostalgia y una inesperada brisa fresca que nos aturdía, estábamos sentados al final de aquel camino, de frente al campo infinito y sobrepoblado de parpadeantes estrellas.
—deseo una navidad blanca…—murmuró antes de enrojecer y taparse la boca, porque lo había dicho en voz alta.
—¿Una Navidad blanca? ¿Con Santa, nieve y todo eso?—pregunté, algo anonadado.
—una navidad blanca...—repitió, y sus ojos se volvieron soñadores.
—¿y que tiene de especial una navidad blanca?
— Eso…Magia. Nieve. … y todo es posible en una navidad blanca...—sonrió, intentando que no notara la nostalgia en sus pupilas brillantes.

Entonces, me explicó con la dulzura de siempre cómo desde niña le fascinaron tanto esas películas sobre Santa y navidad. Los trineos, la nieve, las luces… las casas todas decoradas…y las medias con regalos en la chimenea...

—quiero la magia de la navidad…Evan…de una navidad blanca…—Me relató como siempre se había imaginado una cena en una enorme casa como esas de las películas que tanto amaba, donde la familia se reúne a la luz de un árbol decorado, enorme y real, a cantar villancicos viendo caer la nieve, frente a una chimenea encendida…

— A mí me gusta tu Navidad cálida —dije, sorprendiéndome por mis palabras. Pero en ese momento, luego de aquella inusual noche de víspera, tan diferente a las de mi infancia en aquel castillo de hielo de los Clark, donde por muchos años todo era brillo y fastuosidad vacía; en ese momento lejos de todo y tan cerca de mi mismo, esa navidad era lo mejor que me había pasado en demasiado tiempo.

Tarde me di cuenta que solo me sentía así porque estaba con ella.

Ella se volvió para mirarme, la sonrisa tímida adornada por el tenue rubor

en sus mejillas, la chispa de algo parecido a la felicidad en los ojos...

Supe que arruinaría aquel momento para siempre si no la besaba. Y la bese, sin dudarlo.

Sus dedos fueron lentamente hasta su boca, como si dudara de que fuera cierto, tocando el lugar donde estuvieron mis labios para luego preguntar:

—¿Por qué?

¿Por qué? ¿Por qué siempre tiene que haber un por qué?

—Porque quería hacerlo, porque tus labios me gustan... porque paso tanto tiempo contigo que creo quetúme gustas...mucho… y porque este momento es… perfecto...

Mis palabras salieron extrañas, frías, ajenas hasta para mi mismo, que hasta ese momento era totalmente inconsciente de la revolución que cernía en lo profundo de mis entrañas... del fuego que iba encendiendo mis venas…Pensé que era atracción, y ella jamás dijo lo contrario ni se negó a ninguno de mis besos.

Inseparables era la palabra...

Es lo que fuimos hasta que el próximo septiembre nos alcanzó, y mi segundo cuatrimestre se terminó.

¿Para qué voy a mentir diciendo que alguna vez hablamos de lo nuestro?

Bastaba con que eranuestro. No había palabras tiranas entre nosotros.

Besarnos y estar juntos era tan fácil y natural como respirar, y no había nada que explicar, nunca hubo razones para explicar o títulos que necesitáramos poner, o definiciones en que encerrar lo que teníamos…

¿Cómo se separa lo inseparable?

La tarde de septiembre en que volví a casa parecía de invierno. La lluvia gris en sus enormes ojos tristes, mirándome hasta que su silueta menuda no era más que una línea en la bruma del parabrisa de la camioneta que nos llevaba hasta el aeropuerto me desgarraron de una forma nueva.

Ni siquiera iba a tenerla conmigo hasta embarcar.

Sí, ahora se que la única forma de separar lo inseparable es con un cataclismo... porque las lágrimas no alcanzan.

Supongo que porque aquel cataclismo no sucedió fue que tres meses después hice mi milagro para ella. Y tal vez porque ella ya sabía algo que yo aun no era capaz, fue que mi regalo no tuvo resistencia. Así fue como yo le di a Anabella su blanca navidad...

Me la traje conmigo a mi mundo, al pueblo sin nombre y cubierto de nieve con calles llenas de luces que se juntan con el mar, donde una vez llegué a creerme un príncipe en su castillo. Sí, yo, con aquel milagro hecho por mis manos, le di a los hermosos ojos de Anabella Sanz el brillo que no tenían aquella noche en medio del campo en que se le escapo en voz alta su deseo: la cena a la luz del árbol, la sala de cálida madera iluminada por el fuego de una chimenea encendida, y la nieve cayendo por la ventana…

Ella esa noche me dio más. Me lo dio todo...

Su regalo para mi esa noche fue ella misma... fue mía, a la luz de un cálido fuego de invierno, envueltos en la cadencia de las luces navideñas y las melodías que se colaban por las ventanas. Yo, Evan Clark, el estudiante insensible y ambicioso, esa noche tuve el mas inmerecido de los regalos.

Lo que no supe en ese momento, es que los milagros manejados por humanos egoístas no son verdaderos y terminan en dolor…

¿Cómo iba a saber que en ese momento ella diría las palabras? ¿Cómo iba a pensar que ella las esperaba de mi, que ella creería que mi regalo era una muestra de lo que seguramente mi corazón guardaba y nunca me había atrevido a confesarle?

Mi silencio la destruyó. O mi frialdad... O esa incapacidad mía tan arraigada de no manifestar las emociones a tiempo.

Tal vez fue la inevitable consecuencia de tantos años de vivir como príncipe solitario en un castillo vacío y rodeado de tantos pobres de espíritu lo que destruyó el milagro, pero ella dijo las palabras y yo no.

Ella dijo que me amaba y mi corazón solamente latía, desbocado, pero en

silencio.

Ella buscó algo en mis ojos pero ellos solo reflejaban las luces de navidad.

No hace falta decir que jamás volví a verla, o que en realidad, el último recuerdo que conservo de esa noche es su mirada rota, sus ojos vacíos —o tal vez llenos de tanta decepción…— y el retrato de la fragilidad...

Yo la tuve y la perdí...

Toda la magia que le di esa noche con mis manos, yo se la quité un instante después…con mi silencio.

Nunca antes había visto una persona a punto de romperse hasta ese momento, ni supe lo que eso significaba hasta que yo mismo me rompí, después…cuando entendí que ella me lo dio todo…
Fue cuando estaba completamente roto, cuando estaba en el fondo de mi propio abismo que al fin lo supe: que la había amado siempre, que la amaba para siempre... que era ella, que era mía.

Que jamás nadie lo seria como ella... que yo jamás seria de nadie más.

Ella quería una Navidad blanca y se la di... le di su sueño.

Ella se fue sin mirar atrás, corriendo por esa calle vacía para alejarse de mí, y todo lo que podían ver mis ojos nublados eran las luces de navidad en las ventanas.

Perdido, vacío y roto… caminando por años lejos de las luces de aquellas ventanas, volviendo en sueños siniestros cada noche a la misma calle a enmendar mi error…esperándola siempre que la nieve empieza a caer…

Ella ya no estaba y la Navidad dejo de sentirse como Navidad. El cuerpo duele, lleno de recuerdos...

Sí, alcancé mi sueño. Si hay algo que puede reforzar la tenacidad de un hombre vacío, es haber perdido el amor que nunca supo que querría para siempre consigo.

Y es justo en esta noche de víspera, mientras desde mi terraza solitaria, casi escondido entre las sombras, contemplo el pueblito —que me alberga como si yo fuera una especie de dios, de milagro caído del cielo—, que mi mente vuelve a ella. Son las luces de las ventanas que parpadean

sobre mi…

La gente de este pueblo dice que soy su salvador… el doctor que hace milagros… *¿No es siempre lo que siempre quise?*

La gente del pueblo estáade fiesta. La algarabía traspasa las casas, los patios, se cuela por las callecitas de tierra retorcidas y me llega en ecos una melodía perdida junto con la caricia cálida de la brisa de diciembre, —todo un regalo en el calor insoportable de esta típica noche de selva en Sudamérica—.

... "y estoy aquí, parado…,

sosteniendo todos esos candelabros de esperanza…,

como un borracho en la ciudad… cantando como Elvis…

…Yo estoy cantando fuera de tono… …

cantando como siempre te amé querida…,

y siempre lo haré… …

Pero cuando estás esperando que la nieve caiga

no se siente como Navidad después de todo… ..."

La vocecita se cuela a través de la melodía y mis nostalgias, despertándome de golpe:

—¡doctor doctor! ¡Tiene que venir!

Es Ángel, un niño de diez años, morenito y esmirriado al que salvé de la muerte por milagro cuando llegué aquí la pasada navidad. Esa vez no fue mi milagro, no, fueron sus ganas de vivir; y supongo que un poco también tuvo que ver la fe de esa madre desesperada con rasgos de aborigen, y eso que me transmitió con su mirada azabache, que me instó a rogar hacia arriba en ese instante, al Niño Dios, para que esa noche hiciera su milagro y dejara a esa madre volver con el niño a salvo a su casa.

—¡Te has escapado de tu casa de nuevo!— Lo reprendo, sin poder contener la sonrisa al ver sus pies descalzos y aquel agujero en su dentadura de niño creciendo que solo hace que su sonrisa sea más mágica para mí.

— ¡Tiene que venir! ¡Mi madre se ha encontrado un ángel lastimado!— insiste, sin aliento.
—¡pero qué cosas dices niño! ¿Cómo tu madre va encontrarse un ángel? ¿Y por qué estaría un ángel lastimado? —Lo cuestiono adrede, sopesando sus palabras, revolviendo sus cabellos ralos, oscuros como la noche, solo para disfrutar una vez mas del espectáculo de sus bracitos cruzados desafiándome.

—Tiene que venir, de verdad, en el camino... mi madre la ha llevado a casa... es un ángel doctor...tan linda y toda de blanco... ¡hasta tenóa sus alas!
—¿ y dices que está lastimada?—Tal vez es que hubo un accidente.

Mis pies se apresuran por las escaleras y algo en mi interior se mueve inquieto. El camino hasta este pueblo perdido era un infierno constante de serpenteo entre árboles y luego aquellos barrancos... *¿No tenia que llegar ese grupo de voluntarios esta tarde para la obra navideña en el hospital?*

—corre y dile a tu madre que voy de camino...

"…Estas luces de Navidad Iluminan las calles…

Abajo...

donde el mar y la ciudad se encuentran…"

La urgencia en mis manos, mis pies que corren antes de que les de la orden... las llaves del maldito carro por si debía llevarla al hospital, el maletín de emergencias... —*¡Que no sea tan grave!*—Me 1encontré rogando de pronto y sin entenderlo...

¿Por que siempre las desgracias llegan en vísperas de navidad?

"…Tus problemas podrían irse pronto...

Estas luces de navidad siguen brillando…

Tal vez ellas me traigan a mí…"

Matilde me recibió hecha un mar de movimientos y con el rostro algo desencajado.
—la chica se desangra doctor... —dijo en un hilo de voz, doblegada por el

susto, y la aparté del camino de un manotazo.

Algo me llamaba desde la figura inerte de blanco tendida en la cama incluso antes que la viera con claridad.

Algo visceral…

y desde el fondo de aquel habitual agujero en mi pecho clamaban por partes iguales el alivio y la desesperación.

Era ella...

¡Dios, era ella!

Dios ¿por qué tiene que ser ella?

Años esperando ese milagro…

Años reprochándome por esperar un milagro como ese para mí, que lo había hecho tan mal... que nunca tuve el valor…

Es ella… por Dios, es ella…

—Es la chica que faltaba llegar doctor... parece que su auto casi se desbarrancó...y me la encontré porque estaba así toda de blanco, que sino no llegábamos a verla y se quedaba ahí doctor...—*¿Desbarrancada? ¡que no este muriendo por favor! Que no este muriendo…*

—¿y le avisaste a sus compañeros Meme?—Mi angustia, como siempre, ocultándose tras la mascara de frialdad…

— no, antes quería que viniera usted... ¿Ella se salva no? ¿Usted va a salvarla como a mi Ángel? ¡Hay doctor, que es tan linda! Y hasta parece un ángel de verdad...
—Déjame trabajar Meme... y tráeme agua limpia y unas toallas... — *Ella… Ella en toda su perfección, tendida frente a mi inconsciente y magullada después de diez años…*

Juro que no quería temblar mientras la revisaba, pero estaba temblando.
—Toda esa sangre…doctor…—No supe que lloraba hasta que vi a Meme tenderme un pañuelo y la mire extrañado.—¿ella se salva doctor Evan?

—Se salva Meme…se salva.—El ángel herido tenía muchas heridas superficiales, al menos hasta donde podía ver. La que era profunda le debía el favor a Meme por el improvisado torniquete que la contuvo.

El golpe en la cabeza que la tenia en la oscuridad, eso si que me preocupaba. Ya declaraba que no creía más en milagros, preparándola tan rápido como podía para llevarla al auto y al hospital cuando ella se despertó y me sonrió. *A mí*.

¡Si, ella me sonrió!
Miró alrededor un poco asustada por las vendas, y se ve que recordando, porque la preocupación se dibujo enseguida en su rostro de ángel perfecto.
—¿Donde estoy? ¿Qué me ha pasado?
—Eres un ángel, mi mama te encontró en el camino y el doctor te salvó como a mi ¿Cómo te llamas?—Mi niño consentido se robó las palabras antes de que pudiera hablarle y el rostro de mi Bella se transformó en una sonrisa perfecta por un breve segundo.
—oh Dios…mi auto... Melissa...el hospital... yo iba para el hospital...—balbuceó de repente, y se estaba agitando demasiado.
—shh, tienes que descansar...no puedes moverte por un rato… ya avisé que estas aquí y estas a salvo...

Aquel Ángel navideño me estaba buscando.

Me buscaba porque traía un regalo...

A mí, que ya no creía ni en navidades cálidas…

A mí, que desde aquella vez huía de las navidades blancas…

A mí, que me había convertido en un viejo gruñón solitario de treinta años.

Ella llegó hasta ahí porque sabia que yo estaba. Porque un día, muchos años antes que yo, se rindió a sus esfuerzos por olvidar aquella navidad blanca y desde entonces me estaba buscando.

Ella vino a buscarme porque ya no le importaba que yo no hubiera dicho las palabras. Porque comprendió mucho tiempo antes que yo que las palabras siempre estuvieron, que pretender solo oírlas era egoísmo, que estuvieron todo el tiempo escritas en mis ojos, y en cada uno de mis actos.

Amparada en esa excusa devoluntaria para una obra de navidad, fue que mi artista itinerante llegó hasta este pueblo perdido, que yo creía olvidado

de Dios, para darme su perdón y mi milagro.

Fue en otra noche de navidad cálida que ella me dio el mayor regalo, el que guardó consigo por nueve años: Melissa.

Mi regalo apenas fue decirle las palabras, todas, las que ella dijo y las que debí decirles cuando vi sus ojos rotos aquella noche en que mi silencio la lastimó.

-Te amo, y te amare para siempre Anabella Sanz. Yo lo arruiné… yo debí decírtelas mucho antes.

—yo también debí decirte algo esa noche Evan…siempre fuiste tú… tú fuiste mi regalo de navidad perfecto.

…Las luces de navidad iluminan la calle..

..Iluminan los fuegos artificiales en mí..

…Todos tus problemas pueden irse pronto…

…Esas luces de navidad siguen brillando…

Y aunque yo no tenía nada para dar esa noche, más que el amor que acompañaba mis palabras, ella me juró que no quería de mi otra cosa más que eso…para siempre.

II

Un milagro para Melisa

Irse es difícil, aún cuando uno es consciente de haber nacido con pies inquietos y esa sensación de ahogo que se siente cuando el alma no cabe en ningún lugar.

Mi retina aún conserva perfecta la fotografía de la ciudad en otoño del día en que partí dejando atrás mi infancia y las callecitas del barrio con sus veredas de pasto; las plantas en el interminable jardín de mi madre, y la enorme casa blanca de la esquina —hace tiempo vacía—de la abuela Rosa.

Con mis dieciocho años increíblemente gastados, solo me llevaba una mochila azul y una valija demasiado pequeña al momento en que mis pies treparon los escalones del colectivo que me llevaría hacia la Terminal esa

tarde de fines de Marzo.

La ciudad brillaba con un esplendor de oro, —o más bien de sol perezoso—, asomándose después de una lluvia inesperada; tiñendo de naranja las intimidantes nubes grises y todas las luces atípicamente encendidas de las calles a las tres de la tarde.

La cadencia del colectivo urbano, lleno de gente ausente contemplando aquel extraño espectáculo de una ciudad de plata recién lavada, con sus miradas escondidas tras todos esos pares de auriculares, con sus rostros tan inexpresivos, dejando ver solo algún que otro gesto fugado, tan diversos todos ellos como la música que seguramente oían, aún acompañan las imágenes de aquel recuerdo.

No fue una despedida fácil, ni alegre. Para mi madre, más bien fue una traición, una más, y una que llevaba tiempo esperando...

Me lo había reclamado a gritos, ella no entendía mis ansias de aire, de respirar por mí misma, de buscar mis propios recuerdos, de equivocarme sola... de elegir mal adrede alguna vez... De volver con el tiempo teniendo algo que contar.

Ella no entendía que con dieciocho años, yo ya estaba demasiado gastada, y me estaba apagando encerrada bajo sus alas. Papá en cambio, tan ausente del mundo últimamente, —o tan perdido en ese mundo propio que por diversas razones me imaginé más feliz que éste—, comprendió enseguida. Su mirada castaña me lo dijo todo:
—Ve, toma tus sueños y tráelos contigo muñeca, alegra a tu viejo padre con la historia de tus éxitos... ve y se feliz, mi niña.

Hoy, doce años después, su mirada marrón todavía me traspasa, y aquellas palabras son apenas un susurro que resuena en mi mente; pero es como si las estuviera oyendo de nuevo por primera vez, y sonrío involuntariamente, tanto que Melissa me mira con sus ojazos pardos abiertos de par en par y pregunta:

—¿Por qué estás feliz mami?

—No es nada mi niña... solo pensaba…— Sus ojos inquietos no se rinden, todavía obligándome a explicar un poco más. —Es que se acerca la navidad y presiento que será diferente este año...— admito sin poder ocultar la esperanza.

— ¿Este año vendrá papá?

—No lo sé mi niña, pero algo me dice que éste año será una navidad muy

diferente...

—Todas las navidades son diferentes mami... — remató con su habitual sabiduría de nueve años, y sonreí. Eso era cierto, absolutamente todas fueron diferentes, *desde aquella...*

Melissa se acomoda en mi regazo nuevamente mientras peino su sedoso cabello castaño claro con mis dedos. Sus ojos pardos con esos destellos de verde se van cerrando a medida que el cielo se vuelve negro frente a nosotras. —*Solo un par de horas de vuelo más…*—suspiro, mientras en mi pecho se arremolinan el miedo y la ansiedad.—*solo unas horas… y por fin llegaremos al principio del recorrido*—. Un recorrido por la selva que espero, esta vez sí nos lleve hasta él…

Mis ojos se cierran involuntariamente en una mueca agridulce:

"Médico voluntario... solo reciben casa y comida... ellos no se quedan más que un año en cada lugar... es difícil comunicarse... a menos que sea por malas noticias pasamos meses sin saber nada… no se preocupe que la mantendremos informada..."

Jamás lo hubiera imaginado aquel primer día en que lo conocí, con toda su presencia de nobleza. Todo él destilaba dinero y arrogancia, en cada gesto, en cada leve movimiento... Solo sus ojos tenían algo diferente, *esa chispa…* una chispa de anhelo surcaba aquellas esmeraldas… *una que yo podía entender demasiado bien...*

Él era perfecto, dolorosamente hermoso a la vista, pero más que un deleite para la vista era… una inspiración para mi corazón de artista y mis dedos inquietos.

Lo había visto pasar una tarde con sus libros de español, la mochila al hombro y esa típica botella de agua mineral recién comprada que todos ellos parecían llevar como si fuera el más preciado y vital elemento de supervivencia en este lugar; y su manera inconsciente de proclamar ese desprecio sutil a todos nosotros, todos tan…tercer mundo, donde un simple vaso de agua de canilla podía ser mortal...

Verlo beber de aquella botella me había dejado sin respiración. El sol cansino de las tres de la tarde de noviembre, atravesaba las microscópicas gotas de vapor escurriéndose en aquel plástico transparente, y creaba reflejos diamantinos, dándole a su piel un aspecto irreal, con extraños reflejos iridiscentes saliendo de los bellos de sus brazos perfectos; rebotando en la piel imposiblemente blanca de un rostro de escultura

antigua, con facciones tan cinceladas y definidas. La expresión de placer mientras aquel liquido vital se deslizaba por su garganta, con sus ojos cerrados en una mueca sutil, permitiéndome ver al trasluz el arco perfecto de esas pestañas oscuras... perfectas… volviéndolo en aquel instante una especie de dios encarnado frente a mi ventana de la clase historia de la cultura y el arte, mientras la voz del erudito profesor, —divagando sobre mitos antiguos y algo sobre el eterno retorno de todas las cosas a este mundo—, se perdía completamente en el fondo de mi mente. Lo habia contemplado con un descaro inusitado en mí, a cada centímetro de ese increíble espécimen humano que caminaba allí afuera.

Inalcanzable. Esa fue la primera palabra que pronunció mi mente.

Un bufido de frustración... y mis pies vestidos de franciscanas de cuero marrón y suela de corcho me arrastraron hasta el dormitorio con hastío. La decepción asomaba con movimientos vacilantes detrás de todos esos sueños de princesa que siempre renacían a la menor provocación...

Sueños de amor, belleza, de una vida feliz... de un hombre sin rostro que presentía llegaría pronto, con esa voz de cadencia dulce que poblaba mis sueños desde que era niña... contándome sobre pueblos lejanos, soledades blancas y navidades tristes.

—Anabella, hemos decidido modificar tu plan de beca para este verano. —La voz afilada de la Sra. Bennet aniquilando mi limbo. Mis labios apretados para no reír de su estrafalaria vestimenta estampada que solo resaltaba grotescamente sus desproporcionadas curvas y los artificiales rizos en su cabellera cobriza. —Como la universidad está inaugurando este plan de intercambio y tenemos cerca de treinta estudiantes de español, necesitamos tutores, y hemos dispuesto buscar alumnos capacitados entre los que ya tenían asignado un programa de verano...
—¿Por qué yo? ni siquiera estudio literatura... —Un vano intento de evadir todo aquel mundo que se abría frente a mis pies y la posibilidad de que tal vez... solo tal vez..."

"Él es inalcanzable, ¿Qué te hace pensar que de todos ellos justo te lo asignarían a ti?"

—Porque eres brillante, tus profesores te reportan como la mejor en redacción y estilo de este semestre y cada vez que presentas un trabajo... además…tu dominio del inglés te hace perfecta para lo que estos chicos necesitan...

—Nunca he usado mis conocimientos de inglés con...con... un...
—¿Americano? no te preocupes... te ira bien, esos niños ricos solo quieren oír español... es algo que solo usarás cuando no encuentres otra manera de explicarles algo...—No tenía escapatoria.

Luego de pensarlo un minuto decidí que cualquier cosa era mejor que limpiar anaqueles o bandejas de comida. —Aunque eso significara ser el perro de compañía de un niño rico americano por un año para enseñarle a hablar—.Preferí no saber a quién sería asignada, no cambiaría nada si me dijeran sus nombres pues no tenia idea del nombre de aquella escultura viviente que había comenzado a poblar también mis ensoñaciones diurnas...

Soñar. Era lo único que me podía permitir.

Dos años habían pasado desde aquella tarde extraña en que deje mi ciudad natal atrás. *¿Si volví alguna vez de visita? ¿Si pasé tiempo suficiente con Carly? ¿Cuánto es poco o mucho cuando el ser por el que vuelves solo registra tu existencia por escasos minutos?*

Mi ausencia disparó la huida de su mente del mundo. Su cuerpo quieto, cada vez más inerte, sus ojos cafés perdidos en una niebla nueva que solo se disipaba al oír mi voz...

Mi voz contándole el sin fin de aventuras en esa tierra extraña en que vivía ahora llamada universidad, mucho más cerca de mí misma, de mis sueños de princesa, de mi corazón de artista...

Mi voz que ya no era suficiente para traerlo de vuelta todo el tiempo, para mantener su mirada marrón en la mía, para dibujar una sonrisa en su rostro cansado de tantas decepciones...

Y la mirada de mamá, que se había vuelto tan oscura; helada, con la acusación aleteando en cada pestañeo, escapando en el rictus perfecto de sus labios sellados, gritándome en su habitual silencio.

Culpable. Todos sus gestos helados escribían la palabra, taladrándome en cada segundo de las pocas horas que me permitía pasar en la casa cuando las vacaciones me obligaban a volver...

Ese verano ya no iba a volver... él era la única razón para hacerlo...pero ya no era suficiente ya para hacerme volver a mí.

Noviembre llegaba a su fin aquella noche en que mis pies de uñas pintadas de azul atravesaron el largo pasillo en busca de la sala de estudio individual número 142 de la biblioteca donde me esperaba mi nueva

responsabilidad: Evan Clark.

Con las indicaciones de la directora del programa de español aún dando vueltas en mi cabeza, me dirigí con pasos seguros por el pasillo interminable, flanqueado de millones de libros hasta la puerta entornada. Mis ojos descansaron por unos *¿eternos?* escasos segundos sobre la figura sentada de espaldas a mí, recorriéndola desde los pies, apenas vestidos por aquellas franciscanas de cuero marrón enormes, a las sinuosas pantorrillas flanqueadas por un sedoso bello rubio cobrizo que desaparecían en las amplias bocamangas de una bermuda verde americano... —*si... por aquí no existen esos colores en las telas...*— hasta el delgado y amplio torso, cubierto por una enorme camiseta blanca que aún así, dejaba traslucir perfectamente las curvas de los omoplatos, y de una espalda de ensueño....y luego, aquellos larguísimos dedos pálidos enterrados entre las hebras de un imposible cabello revuelto de color indefinido, inclinado sobre un mar de libros abiertos en la mesa.

El nombre de aquella escultura viviente era Evan Clark... y me lo habían asignado a mí.

—Hola,.. Soy Anabella Sanz, tu tutora de español— anuncié con firmeza, luego de caminar resuelta hasta plantarme frente a él.

Su mirada verde imposible me recorrió de arriba a abajo con una mezcla de curiosidad y desdén mientras extendía su mano hacia mi en esa costumbre tan formal de todos ellos a mi vista, acostumbrada a los pegajosos besos en la mejilla, saludo habitual en estas regiones.

—Evan Clark —respondió, con esa voz, tan familiarmente aterciopelada... —Lo sé— repliqué casi con dureza, espantando de un soplo mis pensamientos alborotados, mientras acomodaba mis libros en la esquina de la mesa con brusquedad,— tengo solo dos horas esta noche ¿en qué estamos trabajando?—

Melisa se removió en mis brazos y sonrió...—*Yo también te amo papá...* —murmuró con claridad, haciéndome estremecer y sonreír a la vez.

Ella hablaba en sueños como su madre, y él le hablaba en sus sueños, como a mí...

¿Me dejarás encontrarte esta vez verdad?

Una lágrima traicionera asomó al borde de mis ojos y me volví instintivamente hacia la ventana buscando alivio. La negrura de la noche

me devolvió el reflejo de una mujer con rostro familiar escurriéndose las lágrimas. Lo único que quedaba igual en ella de aquella muchacha impertinente era una melena imposible de domar, larga y marrón. Todo lo demás ha cambiado, demasiado...

—¿Cómo que no vendrás a casa esta Navidad? tu padre...

—Ni siquiera me dejarás ir a verlo ahora que lo internaste ¿para qué me quieres ahí? además estoy trabajando...—

Excusas... excusas... Cuanto más tiempo pasaba lejos de casa, más claramente la veía... a mi madre y a todos sus odios, sus eternos rencores y sus sufrimientos de niña abandonada en los que parecía regodearse para poder decir luego de cualquier crueldad que cometiera*:*

—"¿No ves que tuve una vida deprimente hija?... una vida de pérdidas… ¿Cómo quieres que sea feliz?

Nunca entendí a la gente que se escuda en el pasado para no cambiar, para no luchar...Papá siempre luchó, aún sabiendo que todas sus batallas estaban perdidas...yo aún lo hago...

¿Luchaste por mi alguna vez Evan, o solo te dejaste vencer por mi arranque inmaduro aquella navidad?

El amor a veces nos despierta emociones incomprensibles.

Evan Clark se convirtió en mi mejor amigo en apenas tres semanas. Su arrogancia me provocaba, haciendo surgir en mí a la mujer desafiante, desinhibida y sin estructuras que siempre guardaba bajo llave solo para ver por unos minutos sus ojos brillar de rabia e impotencia.

El problema era que él me necesitaba y no podía arriesgarse a perder su tutora por un berrinche de niño rico, no en pleno verano austral y menos con todo el mundo de vacaciones lejos de ahí...Y para mí, Evan Clark era solo un trabajo, una obligación que cumplía con el plus de disfrutar de cerca su belleza, y del placer que me daba picarlo con mis palabras hasta verlo cerrar sus manos en puños para no contestarme como sus ojos gritaban... Su resistencia a ofenderme diciendo lo que pensaba realmente convirtió mi juego en un desafío: el chico tenía pasión...y yo quería verla.

Ni él ni nadie jamás supieron que fue en ese tiempo por las noches cuando comencé a dibujar aquella escultura viviente;, ni que esas esmeraldas de verde imposible poblaban mis sueños de hombre sin rostro, ni que adoraba su voz de tal manera que, con tal de escucharlo hablar, a veces inventaba tareas de lectura y preguntas idiotas solo para que ese

terciopelo me acariciara unos minutos más...

Tal vez no supe que estaba enamorada hasta que me besó, descalabrando en ese breve e inesperado contacto todo mi mundo.

No me había preguntado antes de aquel beso sobre lo que estar cerca de él me despertaba, o de lo que significaba ese cosquilleo en el cuerpo cada vez que nos rozábamos, o por qué me quedaba sin aire cuando se me quedaba mirando y en sus esmeraldas adivinaba un sin fin de preguntas que jamás pronunciaba su voz.

Ni siquiera fui consciente de que cada vez ocupábamos más tiempo del otro, o que nos ya nos habíamos vuelto libros abiertos el uno para el otro, porque nuestras conversaciones ya no eran prácticas de conversación sino confesiones personales...

Sería infame decir que jamás me habían besado hasta ese momento... pero sería mucho más injusto no decir que todos los besos anteriores quedaron desterrados para siempre de mi piel luego de éste; y de los que siguieron hasta que el semestre terminó, trayendo a nuestras puertas septiembre, una nueva primavera… y el adiós, que ahora se cernía como verdugo sobre nuestras cabezas...

Tal vez porque sabía que de todas maneras iba a irse es que jamás le dije en palabras lo que todo mi ser gritaba en cada beso, cada abrazo y cada caricia.

Tal vez por eso mismo es que Evan resguardaba toda su pasión, aunque yo siempre desafiara los límites.

Tal vez por me conformaba con lo que éramos... algo sin nombres ni definiciones, solo Evan y Bella, —como solía llamarme, acortando mi nombre a una palabra que según el me describía—; y en aquel entonces, esa burbuja sin palabras bastó para hacerme feliz.

La tarde en que Evan se fue, llovía como en todas de mis despedidas. Su mirada esmeralda sin brillo me atravesó el alma como puñal y fue en ese momento que supe que era tarde para mí, que ya no tenía remedio, que ya no habría nadie más

Ahí estaba lo que nunca me había dicho su voz...

Su rostro desdibujándose detrás del parabrisas bañado por la lluvia fue de repente una clara epifanía:

Era él. Evan era el hombre sin rostro que pobló por años mis sueños de niña, el dueño de la voz de terciopelo que me contaba historias tristes en mis sueños...

y se estaba yendo.

Mi padre se fue dos meses después.

Su mente jamás volvió, al menos fuera de los escasos segundos en que su mirada marrón me sonreía reconociéndome, pero ya ni siquiera esperaba a que terminara de contarle por qué era feliz esta vez para irse de nuevo.

Su cuerpo se rebeló a la ausencia perpetua de aquella mente brillante, y colapsó una tarde en protesta masiva; y la niña con sueños de princesa que vivía en mí comenzó a morirse de a poco desde entonces…

Otra vez lluvia, mis pies llenos de barro corriendo a través de un cementerio vacío, lleno de tumbas sin nombre, de dolores ajenos que gritaban haciendo empequeñecer el mío…

El vacío se volvió infinito: ya no me quedaba nada. Ni siquiera mamá, que al fin liberada de las cadenas de un hombre enfermo —al que juraba haber amado hasta su muerte—, se marchó sin aviso y sin dar señales de volver.

Ese verano me encontré de repente sin una casa a la que regresar, y presa de un trabajo que ahora solo me daba dolor.

—Has hecho un trabajo increíble con ese chico Clark , así que hemos decidido que este año te asignaremos dos de ellos. Estarás a tiempo completo de tutora— anunció la Sra. Bennet una vez más, y quise morir. Al menos esta vez me darían mis vacaciones de Navidad.

Pero yo ya no quería saber nada de niños ricos con ínfulas de príncipes y mirada triste.

Yo solo quería pintar mis sombras y tener tiempo libre para soñar con aquellas esmeraldas verde imposible que ya no tenía a mi lado, solo quería que por una vez esa voz me arrullara y me espantara el dolor...

Ya nada de eso era posible, Evan se fue como llegó: sin promesas ni palabras que definieran algo de eso indefinido que nosotros éramos desde

la noche de navidad en que nos besamos por primera vez.

A pesar del consuelo de su mirada triste y su voz de ruego a través de la pantalla del ordenador las semanas siguientes que delataba los estragos de mi ausencia; y de la nostalgia infinita que los dos teníamos por eso que vivimos aquí, mi corazón insistía en morir de soledad.

—Te mandé algo por Feddex—. Anunció una noche, con una expresión picara y brillante que hace tiempo no veía en su rostro de ángel encarnado y solo pude sonreír.

—No tenías qué hacerlo, no tengo como hacerte un regalo desde acá? —protesté. Consciente de que la navidad se acercaba de nuevo y que seguramente él había gastado un dineral en mí a pesar de mis vanas amenazas.
—Te gustará Bella, ya lo verás.

Días después un papel se sacudía en mis manos al compás del temblor de mis dedos:

"Vale por una navidad blanca" —rezaba la escritura en el papel dentro del elegante sobre sellado con un lazo rojo y el lacre con sus iniciales—.

Mis lágrimas contenidas por meses estallaron en una explosión sin control al reconocer su caligrafía perfecta. Él no podía estar haciéndome esto... no justo ahora que lo necesitaba tanto, no justo cuando creía que ningún sueño llegaba a ser real jamás...

—Déjame cumplir tu sueño... te necesito conmigo, Bella... no puedo estar un día más sin ti... — fueron las palabras que terminaron de quebrar toda esa absurda determinación que construí por años de "no regalos, y no dinero gastado en mí, ni en cumpleaños ni en navidad...". Yo no quería presentes vacíos si no había amor sincero el resto de los días…

Pero yo lo necesitaba más... me estaba muriendo aquí sin él, y dejé que Evan me diera su navidad blanca.

Así fue como Anabella Sanz, la niña del tercer mundo, pobre y con sueños de princesa atravesó con pasos temblorosos los pasillos interminables del aeropuerto internacional aquel 22 de diciembre para entregar su ticket a una azafata extremadamente sonriente y sentarse en su butaca correspondiente en un vuelo de primera clase.

Minutos después, el avión se elevaba rumbo a un pueblo pequeño y desconocido en el enorme y helado norte que tantas veces su afiebrada imaginación de niña imaginara, lleno de historias fantásticas… esta vez para tener su navidad blanca.

Su frágil corazón de mujer enamorada solo tenía un deseo más que agregar a esa noche perfecta de sus sueños: estar en brazos de Evan Clark, el hombre de sus sueños, viendo la nieve caer por las ventanas y aquella piel de ángel encarnado resplandecer junto a la suya a la luz de un fuego.

Evan la esperaba, alto y hermoso y con esa expresión indescifrable de estatua viviente entre toda esa multitud de personas que pululaban en la sala de arribos y ella corrió, sin pensarlo siquiera dos veces, sin recordar su pequeña y desvencijada maleta, sin percatarse de que perdía su vieja mochila azul en el camino.

Corrió y se arrojó en esos brazos abiertos, aspirando el olor de su pecho y constatando con sus propios oídos el latir desbocado de aquel corazón apasionado retumbando en el amplio pecho, sus ojos marrones simples se perdieron llenos de lágrimas en toda la gama de emociones que esas esmeraldas apagadas por tanto tiempo le regalaban ahora, aún sin palabras de por medio.

—Melisa... despierta... tenemos que bajar del avión. — Mi niña de reflejos cobrizos se estiró entre mis brazos haciendo un pequeño mohín de disgusto.
—Todavía tengo sueño mamá — protestó con su vocecita de terciopelo y sonreí, picando su nariz.

—Ya tendrás tiempo de dormir, nos queda un largo camino, pero debemos salir de aquí y necesito que me ayudes con tu maleta... lo prometido es deuda ¿recuerdas?

— y tú me prometiste una navidad con mi papá y todavía no cumples... — refunfuñó, atravesando mi corazón.

—Sabes que eso es lo que más quiero hija, pero hay cosas que escapan de mí...

Esperaba llegar a tiempo esta vez, al menos las informaciones eran más

concretas que años anteriores:

El doctor Evan Clark llevaba instalado en aquel pueblo perdido en la selva limítrofe con Bolivia y Paraguay casi un año y todavía no había preguntado ni dado indicios de querer un traslado. La agencia internacional de desarrollo para la que trabajaba desde que lo habían sacado, casi cinco años atrás, más bien rescatándolo de una muerte segura de aquella aldea Colombiana en medio de la guerrilla de carteles de droga, no tuvo reparos en darle información detallada. No luego que ella les explicara todo...

—El doctor Clark es un ser extraordinario, Srta. Sanz, él es un regalo del cielo para esa gente perdida, es también un ser demasiado solitario que necesita felicidad... nada me alegra mas que ser cómplice de su regalo.. .— Carmen Cortés, la coordinadora de programas voluntarios especiales nos recibió con la misma calidez que lo hiciera todas las veces que hablé con ella por teléfono y video conferencias en los últimos seis meses.— *El resto del grupo está llegando en las próximas horas* —anunció con entusiasmo —*hace años que no se hacen eventos de este tipo en ese pueblo... ya sabe... no siempre hay voluntarios disponibles en navidad...*

—*Todos necesitan tener alguna vez su navidad especial*— contesté, emocionada por el entusiasmo de esta mujer.

—*Un nacimiento...*⊟murmuró con una sonrisa — *y hasta me atrevería a decir que mucha de esa gente no tiene idea de quién es el niño Dios...*

—*Será algo inolvidable* — aseguré, sin atreverme a mencionar que esperaba que Evan estuviera allí y no hubiera viajado intempestivamente a casa de sus padres este año.

Sus padres...

—¿Y esta hermosa señorita que te acompaña?

—Ella es Bella, madre, Anabella Sanz.

—¿Es tu novia? ¿Cómo no me habías mencionado eso, Evan...?

Evan bajó la vista y no respondió. La mirada inquisitiva de aquella despampanante mujer de cabello color caramelo me escrutó sin piedad y sin ocultar su decepción.

—¿De dónde saliste? nunca antes te había visto... al menos no dentro de

nuestro círculo social...

—Madre... Anabella es mi invitada y se quedará conmigo. No quiero que la molestes.—Evan me guio por el enorme castillo en que vivía a través de pasillos y escaleras hasta la que supe era su habitación.

Si, música, libros y láminas de medicina por doquier... y los infaltables paisajes de Sudamérica... todo tan Evan...

—No hagas caso a lo que diga mi madre, mis padres son...

—Arrogantes—. Completé, observando por primera vez en él gestos nerviosos, y la duda en su voz.

—Sí, no dejes que sus comentarios te hieran, tú estás conmigo.

Me dejé rodear por sus brazos una vez mas, asintiendo, mientras lo oía suspirar con alivio con su nariz metida en mi cabello.

"¿Qué soy Evan? ¿Por qué nunca hablaste de mí?"

Sus besos repentinos acallaron todas las preguntas de mi mente y me perdí en la pasión desatada que tenia Evan ahora. Sus manos ansiosas me recorrían con urgencia por encima de la ropa, buscando entrar, tocar la piel que nunca se había atrevido y las mías respondían con igual desesperación... Mi corazón estallando...
—Bella..—Su frente pegada a la mía y esas esmeraldas intensas devorándome, gritando tantas cosas...

"Dilo Evan... dilo... yo te amo".
—Bella... te necesito tanto...—Jadeos, pasión desatada, caricias de fuego, barreras derrumbadas, y miles de palabras sin decir. Solo miradas, solo la intensidad del fuego en esas esmeraldas brillantes, solo el fuego encendiendo cada centímetro de nuestra piel desnuda por primera vez ante alguien.—Nunca antes Bella... yo...

—también es la primera vez para mi...—Jadeos, agonía, nombres murmurados, susurrados, repetidos como una oración, rogando...Intensidad.

"¿Por qué no me lo dices? lo gritan tus ojos... lo veo, te veo Evan Clark, tu alma hermosa se me regala y es mía..." "Soy tuya Evan tuya nada mas..."

Las cenas de navidad en los castillos principescos son heladas como la nieve que cae por las ventanas sin prisa y sin pausa. Tan llenas de protocolos y silencios incómodos, fastuosidad... y vestidos arrogantes...

Lo único real que tenia aquella nochebuena de mis sueños de niña princesa era que yo bailaba con el príncipe de ojos esmeralda y rostro de escultura, y que sus facciones de ángel encarnado me contemplaban a mi... a la niña pobre, a la mujer enamorada, a la princesa por una noche, como si yo fuera lo mas bello que existía, lo único alrededor...

—Bella.— Otra vez aquel ruego, aquella agonía en mi nombre. Tantas emociones cargando esas simples letras... y el beso desesperado acallando las palabras...—Amanecer en tus brazos… es lo único que pido...

¿Por qué todo lo que pides se cumple?

Amanecí en los brazos de Evan aquella navidad, y contemplé su piel encendida por el reflejo del fuego, y la nieve cayendo por las ventanas, y sus ojos sonrientes al despertar con mi caricia traviesa... y fui feliz.

—Te amo Evan Clark...—Las palabras cayeron de mi boca mientras mis dedos despejaban su frente de esos mechones rebeldes... creí que solo las había pensado hasta que su perfecto rostro de ángel dormido se contrajo en una mueca inescrutable, y sus ojos inesperadamente abiertos me traspasaron, helados.

—¿Qué dijiste?

—Que... yo... te amo...—casi vacilé ante la repentina frialdad en su voz.

—Bella... —El reproche cargando ahora las letras de mi nombre, y silencio...

Dolor.

Dolor en sus esmeraldas, dolor que no comprendo y me traspasa.

¿Lo lastima que lo ame?

Dolor extendiéndose por mi cuerpo y alojándose en mi pecho.
Dolor deteniendo mi corazón de nuevo...

—¿Qué es lo que esta mal?

—Bella yo... no...—su voz, apenas es un murmullo que se apaga… y silencio.

—¿Tú no? ¿Es eso? ¿no me amas?

—No lo entenderías Bella... yo...

—No, no tienes que explicar, ya lo entendí...

Decepción.

Mi cuerpo desnudo se levanta de su lado indolente y furioso mientras busco mi ropa desparramada por el cuarto para calzármela de cualquier manera.

Necesito salir de ahí, ya nada importa... todo está tan claro...

—"¿De dónde saliste niña? ...
—"ella no pertenece a nuestro círculo social, Evan..."
— "¿es tu novia Evan? ¿Por qué no nos dijiste nada? ¿Te avergüenza?"
— "a nuestra familia siempre le gustó hacer caridad en Navidades… ya sabes, conceder algún sueño a la gente…"

Silencio...Él nunca respondió, a ninguno de ellos...

—¡Nunca lo hizo!¿cómo no lo viste? ¡ilusa!— Furia.

Mi mochila azul rebota en mi espalda mientras corro escaleras abajo buscando la salida, la calle. La maleta no importa, yo solo necesito mi pasaje de vuelta abierto y el maldito pasaporte...

La calle.

Aún no amanece en este pueblo perdido y mis pasos resuenan por la calle vacía, llena de luces navideñas y de melodías mezcladas, de ventanas con chimeneas encendidas y gente aún festejando.

¿Festejando qué? ¿Mi corazón roto? ¿Por qué me trajiste hasta aquí Evan?

—Tú no me amas... no me amas... ¡Te di todo, Evan Clark! Todo...— Lágrimas...

A lo lejos, el viento me trae el eco de mi nombre repetido en una voz desgarrada y sus pasos corriendo tras de mí. Me detengo un instante dudando…tal vez quiero que me alcance, tal vez quiero que tenga el valor de detenerme y me lo diga...

¿Y si no lo hace?

Tal vez él solo mienta para no entristecerme más... Tal vez todo este tiempo solo me engañé...

Pero yo lo vi... yo lo sentí... yo estaba segura... fuimos uno, nuestras almas fueron una...

—i¿Por qué tenías que decirlo?

Años reprochandome, años tardé en entender... Años machacándome en la culpa por aquel impulso inmaduro y horrible. Años tratando de llegar de nuevo a aquel lugar solo para encontrarme con la negativa.

—El señor Clark no la va a recibir y le pide amablemente que se largue por donde vino...

—El señorito Evan ya no vive aquí... lo lamento.

—Él nos dejó, Bella... yo lo lamento. No me di cuenta de lo que estaba sucediendo con él… para cuando lo hice fue demasiado tarde. Es culpa nuestra, mía por permitirlo... por dejar que su padre… él se alejó de todos nosotros, hace años que no deja que sepamos dónde está. Desde que terminó medicina... — Los ojos de aquella mujer despampanante de melena color caramelo ya no son los mismos.

Adivino soledad en ella, y cobardía. Yo sigo luchando…

El decano de su facultad era un hombre horrible, fue su desdén por el desperdicio de carrera que estaba haciendo Evan Clark lo que me terminó acercando a la pista exacta:

—Pffff, niños ricos... ¿puedes creer? médico de frontera... ¿Quién en su

sano juicio y con todas las posibilidades que él tenía cambia las comodidades de un hospital de primera por algo tan ridículo como vivir en un dispensario móvil recorriendo pueblos perdidos en Sudamérica a riesgo de pegarse quien sabe que peste? Tan decepcionante querida... Tan mal precedente para nuestros prestigiosos alumnos...

Cinco años siguiendo sus pasos por aquel mundo de dispensarios itinerantes.

¿Si lo odie por no buscarme ni una vez? ¿Cómo podría después de conocer a sus padres? ¿Después de comprender lo que años en un castillo de hielo como ese pueden hacerle a un corazón? ¿Después de entender lo aterrado que puede estar uno frente aun amor que desafía todas las estructuras?

¿Si lo culpo por no tener valor para luchar por mi...? Claro que lo hice, hasta que descubrí que dentro de mí crecía una vida.

Hasta que luchar por ella absorbió todas mis energías y entendí que si no alcanzaba mi meta de ser artista no tendría nada que dar...

No, no ahora que entiendo lo que es sentir que no tienes nada que dar,... y lo que se siente cuando alguien inesperado te ama a pesar de eso.

Melissa me lo enseñó. Ella es mi regalo, mi milagro de Navidad blanca, mi razón, mi sentido en el mundo...

—Sus ojos soñadores llenos de esperanza me empujan cada día a buscarte Evan Clark, porque sé que ella es la única que puede salvarte, hacerte entender que el amor se merece, más allá de todo... Que aún un príncipe que solo conoce castillos de hielo e indiferencia merece ser amado.—El amor asusta, pero el miedo se vence aceptándolo, reconociéndolo...—*Ya no tengo miedo de encontrarte Evan...Ni siquiera me espanta la idea de que tal vez ni me recuerdes cuando me tengas frente a ti después de diez años…Solo temo por las ilusiones de Melissa, me mataría que no la quieras... porque su dolor me mataría*—.

—Iremos en caravana. De todas maneras si nos pierde de vista el jeep tiene su propio GPS y está conectado a los otros, el camino está marcado, pueden verse las señales cuando le dan las luces en la oscuridad.
—Indicaciones, interminable trajín de cargar maletas, bultos, escenografías.

Algarabía y entusiasmo llenando el aire de un ánimo exuberante.

Melissa exultante, sin poder creer que el destino la reuniera de nuevo con Lourdes, la hija de los Weber otra vez.

—¿Puedo ir con ellos mama? Di que sí, di que sí, iremos mirando películas en el DVD— Su madre Ángela, morena, sonriente y pacifica, me mira expectante, sabiendo que cederé.
—Bien, pero te cuidas, y no te alejes de Lourdes y sus padres por nada del mundo si se detienen por algún motivo, Melisa… no conocemos este lugar y…
—Mamá…,— su vocecita se alarga en un puchero, y sé que exagero pero no puedo evitarlo.

—Tranquila que cuidaré de ella como tú has cuidado a Lourdes.—Algo intranquila aun, la dejé ir en su Jeep.

La caravana arrancó lenta, hasta llegar al único trecho asfaltado de camino antes de internarnos literalmente en la selva. Iba sola en el vehículo. Me había negado a que alguien condujera por mí y como Melisa no iría conmigo, el asiento trasero estaba completamente atiborrado con elementos de vestuario y escenografía para la obra. Tampoco era la primera vez que nuestra compañía de teatro itinerante visitaba parajes inhóspitos como aquel para llevar el espectáculo a algún hospital aislado. No era algo que hacia todo el tiempo durante el año, pero no pude negarme a participar de esas excursiones luego que descubriera a qué había dedicado Evan su vida aquella tarde cuando un par de mis alumnos de arte dramático vinieron a mi oficina con la invitación para ser parte de un proyecto de pachamédicos... *(Médicos con la filosofía de Pacht Adams)

—No soy doctora…

—No hay que serlo, solo trabajas con ellos, se forman equipos, aquí en la ciudad, o puedes participar en los proyectos itinerantes llevando obras a hospitales alejados…—Así fue como mi búsqueda de repente se mezcló con mi trabajo, y me convertí en voluntaria de verano…

Mi trabajo ahora me llevaba hasta él. Perdida en mis pensamientos no fui consciente de que la noche ya se cernía en el espeso camino de arboles alrededor, y ya era imposible a pesar de las luces antiniebla distinguir algún vehículo adelante.

—Genial — Bufé bajando la vista a la pantalla del GPS, donde dos puntos más titilaban bastante alejados del mío. Tranquila, al constatar que aún

estaba siguiéndolos correctamente, volví mi vista al camino solo para encontrar un enorme árbol justo en medio de mi camino y en un reflejo desesperado, giré bruscamente para esquivarlo. —Malditos caminos serpenteantes…

El golpe fue inevitable: el vehículo tambaleó y perdí totalmente el control y la calma cuando lo sentí voltearse. Un corte en mi frente me llenó de olor a sangre, despabilándome de golpe del aturdimiento resultante de golpear con tantas cosas sueltas mientras volcaba el jeep.

Sin pensar en lo que hacía intenté salirme, sintiendo como todo mi cuerpo estallaba de dolor en cada movimiento y algo se clavaba profundamente en mi pierna…
Supe que eso era lo último que tendría que haber intentado cuando la oscuridad me tragó y no tuve fuerzas para moverme. Con horror me di cuenta que mis piernas no me sostenían y solo pude dejarme caer en medio de aquella niebla cálida, contemplando las luces del jeep que estaban rotas y como las balizas rojizas apenas alumbraban levemente alrededor…

—*Resiste.. lucha…*—me dije cuando el olor de la sangre se hizo insoportable, y comprendí que mi conciencia se perdía en ese instante, en medio de la nada.

—¿Es un ángel mamá? Tiene que serlo ¿Viste las alas?

—No hijo… cállate y ayúdame, tenemos que llevarla a casa.

—¿Qué vamos a hacer con ella mamá? Está muy lastimada…

Murmullos en medio de la oscuridad, dolor astillante, olor a sangre…

—Corre y busca al doctor… tráelo aquí, rápido Ángel, esta mujer necesita mucha ayuda.…

Voces apagadas… voces de niño, murmullos incomprensibles en una lengua desconocida…

—*Lucha…*—Mi cuerpo totalmente entumecido, mis ojos pesados se niegan a abrirse, hundiéndome poco a poco en una oscuridad más profunda.

—¿Ella se salva doctor?— *Manos… dedos gráciles recorriéndome… calidez.*

—Se salva Meme, se salva…—*La voz de terciopelo…*

La voz de mis sueños había vuelto y estaba hablándome de nuevo, desde algún lugar lejano…me esfuerzo por llegar a ella…

—Es él… está aquí… necesito verlo.

Su voz también me había abandonado, años atrás, al poco tiempo que Melissa viniera al mundo, y no supe hasta que ella dijo sus primeras palabras que era porque ahora le hablaba a ella.

—¿Es un ángel mamá…?? —Su vocecita de terciopelo de tres años me llenaba de preguntas mientras me contaba, después de que yo me quejara de que reía y hablaba tanto en sueños que no me dejaba dormir.
—P*uede ser… los Ángeles siempre cuidan a los niños para que no tengan miedo y piensen en cosas bonitas ¿Cómo es?*
—Tiene ojos verdes…y es aaaltooo como el tio Kevin—suspiraba mi pequeña de rizos cobrizos, y el destello verde de sus ojazos pardos parecía brillar más que nunca.

Mi corazón se estremece con una certeza.

—¿Y por qué piensas que es un ángel mi niña?

—Porque es bonito, bonito, como ese señor de los dibujos que tú tienes… y su voz es suavecita, suavecita... dice que viene para que yo no esté triste y no extrañe a mi papá…
—El tío Kevin se va a poner celoso si le cuentas eso— dije, pensando en el enorme oso con el que compartíamos la casa desde que Melissa nació.

—Euuaa… el ángel me dijo que se llama Euuua mamá…

Apenas unos meses después de mi regreso, cuando lo avanzado de mi estado me obligó a dejar mi trabajo y a mi alumno de español asignado ese verano, Kevin pasó a manos de Rocío, mi compañera de habitación. Cuando ellos decidieron casarse a final de semestre, aún en contra de la opinión de sus millonarios padres, Kevin me había ayudado a buscar a Evan. después de que Melissa nació, habían comprado la casa que era de mi padre cuando mi madre la puso en venta en un arranque, poniéndola a mi nombre, con la única condición de que viviéramos todos en ella.

—No pasaré el resto de mis días entre las paredes de una casa que solo tiene recuerdos amargos para mi…— gritaba mi madre en un berrinche mientras yo me deshacía de horror y rabia.

—¡No puedes deshacerte de ella así como así!… ¡¡también es mía!!

—¡No me hables en ese tono, no tienes derecho, no cuando traes ese bebe bastardo con orgullo como si fuera el hijo del rey de España!

—Es una niña, y su nombre es Melissa…

—Lo que sea Anabella… me largo de aquí apenas me quite esta casa de encima.

La casa de dos plantas había conocido épocas mejores, pero era lo suficientemente amplia como para que solo compartiéramos las zonas comunes de la cocina y la sala de estar.

Kevin y Roció vivían en la planta alta, donde el baño y dos habitaciones eran suficientes sin niños en el camino; y Melisa y yo éramos dueñas de la planta baja. El pequeño cuarto de servicio se convirtió en el dormitorio de Melissa cuando creció y dejó de dormir en una cuna junto a mi cama en la enorme habitación que fuera de mi padre, con baño en suite.

Mi viejo cuarto junto a su habitación se había transformado en el estudio donde pasaba la mayor parte de mi tiempo libre…pintándolo.

—Déjame trabajar Meme…—*Su voz de nuevo…*

Me aferro a ella…al toque reverencial de sus manos recorriéndome despacio buscando lesiones, a la chispa que encienden sus dedos… al aroma de su aliento respirando sobre mí mientras murmura cosas imposibles…

Oscuridad… silencio…

—No… por favor… no ella… te lo pido…no ahora… ella tiene que salvarse…no puedes quitármela ahora que la trajiste a mí… por favor... por favor.— *Su voz… Es su voz…. mi Evan está rezando…*

Algo moja mi rostro y me fuerzo por abrir los ojos…

—*¿Dónde esta? ¿Dónde estoy?* — Quiero verlo, decirle que estoy… que no me muero…—*No tenías la culpa Evan… fui yo…*— Sus esmeraldas brillantes me contemplan silenciosas y me doy cuenta de que estoy despierta…

—Hola.— Me pierdo, esos ojos que me miran preocupados… —¿Dónde

estoy?

—Eres un ángel, mi mamá te encontró y te trajo a casa… el doctor te salvó como a mí…

La sonrisa se escapa de mis labios sin que pueda contenerme.

Quiero tocarlo, tocar su rostro hermoso, mas hermoso que cualquier sueño… quiero mis dedos recorriendo sus arrugas mínimas al costado de los ojos, quiero rozar su barba incipiente de un día…

Quiero hablarle de Melissa… darle a Melissa… decirle que lo perdono…

—*Melissa… el hospital… ¡Dios mío!* — La conciencia de todo vuelve a mí de una manera abrumadora y trato de incorporarme solo para que el dolor me obligue a desistir.

—Calma… estás herida… no puedes moverte todavía…— *Su voz se aleja de mí, llevándose toda la belleza de su rostro consigo…*
—Hay que avisarle a sus compañeros… deben estar buscándola… —ordena a la mujer y al niño que me observa todavía embelesado.

Silencio.

Sus esmeraldas me contemplan silenciosas y la casa se va llenando de pasos alborotados.

—Bella, Dios mío… no debí dejarte sola... mira lo que pasó…—

Un alborotado Gabriel irrumpe en el cuarto y se pone de rodillas junto a la cama tomando mi mano y acariciando mi cabello. El rostro de Evan se vuelve inescrutable.

—¿Quién eres? —Pregunta, de nuevo el hielo en la voz.

—¿Quién eres tú?— Responde despectivo mi asistente de producción, incapaz de contener la rabia…

Lo sabe… él ha visto mis dibujos… él nunca aceptó mis negativas… él va a insistir…

—¿Eres mi papá?— La vocecita de terciopelo de Melissa rompe el silencio haciendo que todos los ojos se vuelvan a ella y luego a Evan…—He soñado

contigo todas las noches... —Melisa contempla alucinada al hombre de blanco frente a ella, e intrigada por su mueca de desconcierto se acerca hasta la silla donde sigue sentado junto a la cabecera de mi cama y toca su rostro. —Tienes los ojos más lindos que en mis sueños... son taaan verdes — suspira, haciendo que una risita escape de mis labios. Evan se ha convertido de repente en una estatua viviente. —Es él mama ¿verdad?

—¿Qué está sucediendo aquí?

—Ven Gabriel, déjalos solos… ellos necesitan hablar…— La mirada radiante de Ángela se encuentra con la mía mientras toma a Gabriel del brazo, seguidos por también por Meme.

El niño que cree que soy un ángel nos sonríe mientras dejan la habitación.

—Bella… perdóname…—Su voz es un lamento que me atraviesa…
—No, tú tienes que perdonarme a mí…yo…debí haberte escuchado… fui una impulsiva…
—Melissa…—Hay devoción en su voz, expectativa. Sus ojos me observan temerosos de mi respuesta.
—Es tuya… hace años que intento llegar a ti. Pero eres de lo más inaccesible…—Su sonrisa de ángel se dibuja iluminando ese rostro cansado y perfecto.

Mi pequeña que nos contempla silenciosa, se trepa a sus rodillas y vuelve a tocar el rostro del ángel de sus sueños, esta vez hay certeza en su sonrisa, y una sonrisa emocionada se dibuja en el rostro cansado, llenándolo de ternura. Mi niña sin dudarlo se cuelga de su cuello y lo besa en las mejillas. Su rostro emocionado se vuelve a mi.

—lo hiciste mamá… ¡me diste a mi papi para navidad!— Exclama, haciendo que mis ojos se llenen de lágrimas.

Evan baja los ojos otra vez, la pena se cuela en sus palabras.

—Lo siento tanto… nunca me imaginé que me buscarías… yo…fui un necio… tu todo este tiempo…—Sus esmeraldas se vuelven hacia Melissa con intensidad, mientras sus manos toman su pequeño cuerpo envolviéndolo con ternura y acercándola a su pecho. Mi niña se acomoda en su regazo feliz.

—espero que puedas perdonarme por no haberte conocido antes… no sabia nada de ti— le susurra, acomodando un rebelde mechón rojizo

detrás de su oreja.-tu mami fue muy valiente para traerte aquí…

—ella me prometió que una navidad me daría a mi papá… —contesta alzando los hombros mi pequeña, y mi corazón se calienta otra vez ante esa confianza incondicional que siempre me ha dado fuerzas imposibles.

Las esmeraldas interrogantes de mi ángel se vuelven a mi. Sé lo que está pensando, hasta puedo adivinar la repentina tristeza resurgiendo otra vez de las profundidades verdes…

—Estoy aquí Evan… y no pienso irme por un buen tiempo

—¿No?

—No… necesito recuperarme de un accidente…— La decepción en sus ojos es memorable y me hace sonreír.—bueno... no puedo irme… no hasta que el doctor me lo diga…—insisto, mirando sus ojos con intensidad. Sus esmeraldas se iluminan de repente, comprendiendo.

—Entonces te quedarás para siempre Anabella Sanz … o me iré contigo… ya no podrás librarte de mí ahora.

—Eso espero Evan Clark…

Fin